

Marco Arturo Toscano Medina, *La educación filosófica: aprender un modo de vida*, Morelia, Instituto Michoacano de Ciencias de la Educación, 2021, 207 pp. ISBN: 978-607-424-750-3

CARLOS HIGUERA RAMOS

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
Instituto Michoacano de Ciencias de la Educación

El libro de Marco Arturo Toscano Medina, docente con más de treinta años de trabajo en la Facultad de Filosofía “Dr. Samuel Ramos Magaña”, es el resultado del trabajo teórico y práctico que brinda un diagnóstico crítico basado en la experiencia docente en las aulas universitarias. Al mismo tiempo, *La educación filosófica: aprender un modo de vida* es un diálogo sostenido con el filósofo francés Pierre Hadot, autor del célebre libro *La Filosofía como forma de vida* (1995), desde el cual presenta a la filosofía no solo como acontecimiento teórico, sino que, ante todo, como práctica de vida, cotidiana, formadora y reformadora. Toscano hace una relectura de la historia de la filosofía occidental grecolatina, con miras a aclarar no solo el legado de los ejercicios espirituales para la vida contemporánea, sino también sus exigencias, pues los ejercicios impelen a la “repetición formal, técnica, objetiva, rutinaria, hasta alcanzar cierto dominio y conocimiento determinado” (p. 179), como una práctica habitual que se hace y presenta como una tentativa de *modificación y transformación del yo*.

Para el filósofo michoacano, no solamente la descripción del mundo importa, también es necesario dotarlo de “sentido y valor”. Por tanto, aunque el texto está centrado en la reflexión filosófica, también atraviesa de manera profunda el campo educativo en su nivel formativo, al que cuida y orienta. Asimismo, hace un recorrido por la vida universitaria contemporánea, en búsqueda de un antídoto contra la tecnificación e institucionalización del discurso filosófico.

El libro inicia con una nota introductoria de quien esto escribe, y se divide en cuatro momentos. Entabla una serie de diálogos con la propia práctica docente de la filosofía, y, por otra parte, entra en diálogo con los principales filósofos de la tradición occidental; desde la filosofía greco-romana, el medievo, el empirismo inglés, la filosofía de Kant y Hegel, para indagar los sostenidos problemas contemporáneos que deben seguir con el pasado no como algo ya agotado y superado, sino como una fuente de consulta permanente.

La propia discusión que centra el filósofo michoacano con la historia de las ideas filosóficas es, ante todo, un diálogo histórico que no solo resalta los problemas de contextos y circunstancias, sino de posibilidades de la vida del hombre, como lo expresa Jean-Paul Sartre, “Somos y pensamos en una realidad des-fundamentada y en una libertad situada” en donde la elección es un “juego cotidiano y necesario”. Al mismo tiempo, resalta los problemas habituales de un estudiante de licenciatura en humanidades, en particular en filosofía: las carencias formativas en lectura y escritura y la falta de herramientas para llegar a tener un pensamiento crítico. Es de particular interés la reelaboración conceptual sobre el crear un mecanismo entre el discurso y la propia vida. También hay que resaltar las circunstancias de enseñanza-aprendizaje que se viven en los centros de educación superior: lecturas fragmentarias, forzadas, frases hechas y descontextualizadas en donde la mayoría de las veces el docente “nos entrega información, pero no formación”. Por todo lo anterior, es imprescindible que la educación filosófica ofrezca la posibilidad de *ocuparse de sí mismo*.

Toscano Medina hace una lectura atenta de la investigación filosófica del filósofo español Isidoro Reguera sobre Wittgenstein, así como una revisión sostenida de las principales corrientes de la filosofía del presente siglo. En este sentido nos dice que “las personas en una sociedad, sea la Atenas del siglo v a. C., o Morelia, Mich., México, en el siglo XXI d. C., llegan a mostrarse incapaces de definir a lo que se dedican más allá de que con su actividad se ‘ganan la vida’ –inclusive durante toda una vida laboral, que puede durar 40 años o más– y, sobre todo, son en general incapaces de dar cuenta del sentido de lo que hacen”.

En los cuatro capítulos en los que divide el libro, Toscano inicia con las siguientes interrogantes como eje de su investigación: “¿Cómo se enseña y aprende filosofía? ¿Qué se enseña y aprende con la filosofía? ¿Qué cambia en quien enseña y en quien aprende filosofía? ¿Qué realidad o qué aspectos de la realidad se cambia con la filosofía?” (p. 11). Estas cuestiones las conecta con una *paideia* del propio quehacer.

Toscano Medina explica que lo que se denomina un discurso filosófico debe ante todo ser una actitud de vida que permita detectar una filosofía meramente académica que no ofrezca respuestas a las realidades, y a reconocer la complejidad que muestra la propia academia con sus riesgos y exigencias institucionalizadas que le impone al pensar.

La enseñanza-aprendizaje de la filosofía supone conocimiento histórico, descripciones bibliográficas, preguntas sobre los autores, etc., la formación es el método y la educación el objetivo principal. La forma y el sistema son controvertidos, pero también importantes. Dicha práctica contempla “el pensamiento y el lenguaje; la lectura, la escritura y el habla; el análisis, la interpretación, la comprensión; la creación teórica-discursiva y vital existencial” (p. 141). Todos estos ámbitos, de acuerdo con el autor, son fundamentales para la formación del estudiante de filosofía, además, se requiere de esa capacidad para tener un compromiso por los propios problemas, lo que nos hace recordar el inicio de la metafísica de Aristóteles: “Todos los hombres desean, por naturaleza, saber”, pero ese saber nos exige también un compromiso, una responsabilidad indeclinable con nuestra propia existencia.

Ahora bien, para sacar la filosofía de un terreno meramente académica e institucional, en el peor de los sentidos, Toscano Medina propone ubicar la reflexión filosófica en los problemas a los que día a día nos enfrentamos y que nos aquejan en nuestros propios espacios de vida. Asimismo, asevera que es necesario darles cabida a filosofías latinoamericanas, asiáticas, africanas, etc., que permitan plantear con las propias herramientas teóricas los mundos vitales, tan sólidos y arraigados como los occidentales, sus propios descubrimientos y caminos del filosofar —y aquí haría eco la propuesta de la filosofía intercultural—.

Y de esta manera concluye:

es imprescindible recuperar para la *formación* de nuevos filósofos, la tradición filosófica, en tanto acervo inagotable de lo que llama Hadot, laboratorio de experimentación con ejercicios espirituales, que podamos encontrar en la mayoría de los autores de la historia de la filosofía. Hacerlo, no como el resguardo de un museo de grandes personalidades y textos, o peor aún, como un mausoleo al cual se visita de vez en cuando para rendir respeto a quienes ahí “descansan”; hacerlo como una tradición viva de problemas y conceptos, tradición moviente, recuperación de uso creativo (p. 203).

Para Toscano, la filosofía es una disciplina que requiere un esfuerzo para comprender sus reglas, principios y problemas. No se basa tampoco en enredos del lenguaje, el sentido común o las palabras de sabiduría, sino que trasciende y responde a las complejidades que cada tiempo presenta.

Considero que lo planteado en este libro abre la discusión y propicia la crítica, dado que nos invita a repensar la diversidad de experiencias formativas, el sentido vocacional de la enseñanza-aprendizaje en y desde la filosofía en los diferentes centros educativos y comunidades académicas.

Por último, no quisiera dejar de apuntar que este libro tiene vasos comunicantes con problemas vinculados a la formación filosófica, a sus desafíos y contradicciones continuas, de esta manera, “la educación filosófica consistiría en ‘ocuparse de sí mismo’ y de ‘trabajar sobre sí mismo’ para filosofar y para vivir filosóficamente” (p. 203). Esto último tiene una fuerte resonancia con el filósofo francés Michael Foucault: el uso de la práctica de la libertad en cada una de nuestras acciones nos impele en la vida ordinaria, más allá de discursos técnicos universitarios y profesionales, la urgencia de tomar o retomar el rumbo de una vida filosófica.